CAPÍTULO XXVIII.

ROMA.

LA BASILICA DE SAN PEDRO.

I

LA idea predominante que tuve al llegar á la Ciudad Eterna, fué visitar ante todo la famosa Basílica de San Pedro, tan ponderada en el mundo entero, más que por su espléndida belleza artística y por lo que encierra de interesante y de notable, por su magnitud colosal y por su grandioso aspecto.

A mí me interesaba todo: quería ver, quería palpar con mis propios ojos al gigante de piedra, único en el mundo: obra salida de las manos titánicas de ingenios sin segundo; maravilla del arte con proporciones ciclópeas, pero ajustadas á la armonía más perfecta, á los contrastes más bien combinados.

Parecía yo un chiquillo, aguardando regocijado la hora en que mis amigos debían estar presentes para llevarnos á San Pedro. Aseguro que estuve impaciente. Con la imaginación miraba mientras la Basílica, tal cual me la había forjado desde antaño, recordando las numerosas fotografías y grabados y relieves que la representan. ¿Quién no ha visto dibujada la Plaza de San Pedro, con sus galerías de columnas y sus fuentes, y la fachada de su iglesia inmensa? En una obra francesa de Arquitectura había yo visto un gran grabado del interior de la Basílica, hecho por Hibon á la edad de ochenta años; tenía yo asimismo en la memoria la forma y aun algunos detalles de la planta de ese templo célebre, y necesitaba ratificar mis emociones, sentirlas allí mismo, allí bajo las altas bóvedas; allí frente á las tumbas soberbias de los papas; allí en aquella inmensidad de que no puede darse idea; allí en donde perennes flotan las sombras de esos artistas que llenan todo un siglo con su nombre cargado de gloria; allí donde yacen en sarcófago de bronce las cenizas del Príncipe de los Apóstoles; allí, en fin, donde millares de millares de hombres, de todas clases y categorías y condiciones, entusiasmados vitorean á menudo la venerable figura del Pontífice de la Iglesia Católica.

¡Oh Roma inmortal! Tus crímenes quedaron compurgados con tu caída estrepitosa: tu suelo, manchado por la planta impura de tus bacantes, quedó purificado con la sangre de los mártires cristianos; tus altares, ante los cuales se quemaba incienso en honor de los ídolos groseros, trocáronse en altares del verdadero Dios, en cuyas aras se inmola el nítido Cordero; tus foros quedaron desolados; tus circos, solitarios; tus palacios, con su orgullosa frente hundida en el polvo donde se han mezclado las cenizas de César con los *detritus* de las togas de los magistrados: todo es tristeza al lado de tus ruinas; pero responde y dí que el entusiasmo y la vida y la alegría dominan al lado de la Roma cristiana de los Papas y de las catacumbas.

Roma sin los Papas no sería Roma. Sin la Iglesia hubiera perecido. Basta recorrer las calles ó las plazas ó las ruinas, para saber que casi todos los Pontífices han sido los conservadores y restaudores de todo lo que en Roma existe.

Pero no entremos por ahora en consideraciones, que serán materia de nuevo capítulo.

Al fin nuestros amigos, entre los cuales tuvimos siempre

el gusto de contar á nuestro Cónsul Sr. Angelini, se presentaron en la casa en donde nos alojamos uno de mis compañeros y yo. En el acto la emprendimos á pie rumbo á San Pedro.

La ciudad es muy irregular: tiene además el sello de todas las ciudades históricas de importancia: edificios negruzcos, callejas, callejones, vericuetos, plazas con obeliscos, iglesias en número crecido, todo lleno de majestad y de misterio. Nuestros guías bondadosísimos nos explicaban cuanto encontrábamos al paso; y á fe que les estoy agradecido por la satisfacción que tenían en contestar la serie impertinente de mis continuas preguntas.

Pronto nos hallamos en la margen izquierda del Tíber: el río es bastante ancho, y ahora se revisten sus orillas con sillares de cantería, como el Sena, dragándolo para hacerlo navegable: estas obras, que tienden á modernizar á Roma, no creo que puedan perdonárseles á los italianos.

¿Por qué volver moderna una ciudad que debe de dejarse intacta, con su fisonomía característica y propia? Roma debe quedarse con sus piedras rotas, con sus capiteles y columnas y frontones hacinados en armonioso desorden; con sus estatuas mutiladas y con sus arcos triunfales aislados, sin que una piedra más profane aquellos recuerdos tan originales y auténticos.

El Tíber separa completamente el resto de la ciudad de la colina Vaticana, á cuyo pie se levanta la gran Basílica. El monte queda en la región Nordeste de Roma, cercado de murallas por el Norte, el Mediodía y el Occidente, con sus jardines y su templo y sus palacios.

Seguimos teniendo á nuestra derecha al Tíber, y á poco andar distinguimos á lo lejos la enorme mole del mausoleo de Adriano, hoy Castillo del Santo Angel; y pronto la tuvimos muy cerca, al otro lado del río. Imaginaos una mole amarillenta, de figura cilíndrica, inmensamente gruesa, como una pesada torre extraña, con un anillo de piedra que la rodea,

sostenido por cartelas, á manera de barbacanas, circuída de murallas como una fortaleza, y el todo coronado por un angel colosal de bronce, obra de Verschaffelt. El aspecto es severo, imponente é infunde en el ánimo una sensación muy extraña.

Es un raro monumento, que en sus tiempos primitivos se destinó para sepulcro de su fundador Adriano, alzando su fábrica, semejante á algunas de ciertas tumbas que más adelante veremos en la Via Appia: se cuenta que la altura del mausoleo alcanzaba á cincuenta metros. Más tarde sirvió de fortaleza en algunas invasiones que sufrió Roma, y hasta la fecha sirve de ciudadela. Diariamente, al pasar á las doce el sol por el meridiano del Castillo, se dispara un cañonazo, por el que todos se rigen para el arreglo de los relojes.

Sobre el Tíber, y frente al Castillo, hay un puente antiquísimo, el viejo puente Elio construído asimismo por Adriano en el siglo segundo de nuestra Era, para comunicar la tumba con el resto de la ciudad. Tiene diez ángeles colosales dibujados por el Bernino, de mal gusto, y que se colocaron allí á fines de la décimaséptima centuria: hoy se ensancha el puente, y mientras se terminan las obras, se ha colocado á poca distancia un magnífico puente colgante metálico, que es una soberbia obra de ingeniería; sobre él pasan, además, los ómnibus y tranvías.

Desde aquí, donde se disfruta de una hermosa vista, vimos descollar la cúpula de San Pedro, todavía lejana. Del puente pasamos á la plaza del Plebiscito, bastante irregular, y cuyo lado septentrional lo cierra parte del Castillo del Santo Angel; de aquí, dimos vuelta á la izquierda por unas calles angostas y rectas, que llevan el nombre del Borgo Vecchio (casi paralelas están las del Borgo Nuovo), que nos condujeron, á poco andar, á la plaza Rusticucci, que forma la entrada á la de San Pedro, á la cual pronto llegamos.

Todo el mundo ilustrado sabe que esta bellísima plaza, de singular aspecto, es de planta perfectamente elíptica. Circú-

yenla por el Norte y por el Sur dos galerías, formadas ambas por hileras de cuatro columnas en fondo, en número de doscientas ochenta y cuatro, de orden dórico, terminadas por un entablamento sobre el cual descansa una balaustrada que exornan numerosas estatuas de santos.

Esta construcción imponente fué ideada por el Bernino, arquitecto que floreció á mediados del siglo XVII, con el objeto de que desapareciera el mal aspecto de la plaza, rodeada por edificios toscos y vetustos. No cabe duda que el pensamiento fué acertado, aun cuando el Bernino casi nunca brilló por su buen gusto.

La plaza tiene un buen pavimento de piedra: en el centro se levanta el célebre obelisco transportado de Heliópolis á Roma por Calígula. Sixto V, á quien mucho debe Roma, hizo conducirle á este lugar, en el último tercio del siglo XVI, y sabido es que, acerca de la maniobra peligrosísima que tuvo que hacerse para levantar el obelisco, se cuenta una anécdota, que corre con todos los visos de la exactitud. Dícese que dirigía la operación el arquitecto Domingo Fontana, quien no habiendo calculado bien la tensión que adquirirían los cables, la maniobra estaba á punto de fracasar. ¡Qué momentos de angustia! Los cables, de un instante á otro, rompiéndose harían caer al obelisco, cuya destrucción era, en consecuencia, inevitable; pero de repente se oye una voz que grita ¡agua á las cuerdas! Humedécense los cables, y la operación acaba de practicarse con gran felicidad. Se agrega á la anécdota, que el *inspirado* fué un pobre marinero de San Remo, llamado Bresca, á quien distinguió merecidamente el Pontífice.

Ocupando los focos de la elipse, míranse dos grandes fuentes, único adorno de la plaza, cuyo conjunto resulta severo y majestuoso; digna entrada—como ya se ha dicho—de la iglesia más vasta de la tierra.

Muy bien han hecho en dejar aquel sitio limpio, sin jardines, sin árboles que obstruyan la vista del conjunto. Si nuestra Plaza de Armas de México, que es una de las más grandes y regulares del mundo, careciera de jardines, y tan sólo, como en otra época se proyectó, tuviera en su centro el monumento, por ejemplo, á la Independencia, el aspecto resultaría imponente, grandioso y digno de esa plaza tan interesante por sus recuerdos y por sus edificios magníficos, como la Catedral. Si el atrio de ésta no tuviera plantas, como no hace mucho tiempo, ¡cuánto ganaría en belleza, aderezándola con elegancia y sencillez!

De las dos extremidades occidentales de las galerías citadas, parten hacia el ocaso otras dos alas rectas, sostenidas por gruesos pilares: las alas no son paralelas, sino que adquieren su mayor anchura al terminar á ambos lados del pórtico de la iglesia: de aquí resulta otra plaza mucho más reducida que la anterior, en forma de trapecio, y casi toda ella ocupada por la escalinata que da acceso al templo. En consecuencia, contamos 240 metros para el eje mayor de la plaza elíptica, y 340 metros desde el límite entre aquella y la plaza Rusticucci hasta el pórtico del templo. ¡Bellísimo conjunto, único en su especie, y que nunca se acaba de admirar!

Cerca del obelisco nos instalamos por un momento para darnos idea más clara de aquella perspectiva: á nuestra derecha y tras la galería de este lado, descubríamos las habitaciones pontificias con las dos ventanas de las piezas del Papa; un poco más allá, los corredores del patio de San Dámaso (*cortile di S. Damaso*), y el conjunto del Palacio Vaticano, en donde está el espléndido museo que veremos—Dios mediante—en un capítulo especial. En el ángulo que forma la galería elíptica y el ala recta del Norte, se halla la puerta (*portone di bronzo*) custodiada por la brillante guardia suiza, y por la cual puerta penetraremos al Palacio.

Después, en el fondo de las plazas, teníamos la fachada del templo coronada por esa cúpula inmensa, creación grandiosa del genio formidable de Bramante, y levantada con el concurso de las fuerzas titánicas de Miguel Angel.

¡Lástima que la fachada no corresponda á la grandeza del

templo! ¡Lástima que el efecto que el autor de la gran cúpula quiso dar á su obra, se haya destruído con estas construcciones desgraciadas! Culpa fué del Bernino, que se metió á modificar los planos de los insignes arquitectos de San Pedro: pero si bien es cierto que, por una parte el mérito de la cúpula no puede realzar, mirándola desde el frente principal de la Basílica, también lo es que, por la obra del Bernino, resultó ser San Pedro la iglesia sin rival en dimensiones.

La fachada es de mal gusto, un tanto barroco. Fué hecha gobernando Paulo V, al decir de la leyenda latina que en el friso hay esculpida. Tiene dos cuerpos: el primero, corintio, consta de ocho columnas y cuatro pilastras que sostienen un entablamento, descollando en medio de éste un frontón triangular en cuyo tímpano campean las armas de la Iglesia.

Cinco puertas, tres de ellas más grandes que las otras dos, dan acceso al vestíbulo del templo, corriendo encima de cada una un orden de balconería, siendo el principal balcón aquel en el que daban los Papas la bendición apostólica en los momentos de ser exaltados solemnemente al pontificado. Encima de este cuerpo asiéntase el otro, que es un ático, con ventanas, y coronado por las estatuas colosales del Salvador y de los doce apóstoles. Aun cuando esta fachada es muy extensa, el conjunto de su fábrica está muy lejos de revelar que, traspasando sus dinteles, se admira una obra llena de grandiosidad y de tesoros.

Estamos, pues, á las puertas de San Pedro: preparémonos á hacer una visita, si no minuciosa, al menos sí que pueda satisfacer un tanto nuestra curiosidad. Descubrámonos y penetremos al templo tantas veces celebrado.

CAPÍTULO XXIX.

ROMA.

LA BASILICA DE SAN PEDRO.

II

QUIÉN no sabe que San Pedro es la iglesia más celebrada del Orbe, por sus colosales dimensiones y por sus proporciones armoniosas? ¿Quién no ha oído hablar acerca de ese grandioso monumento artístico, gloria del Renacimiento y pedestal inmenso de la limpia fama de sus autores inmortales? Y ¿quién,—se preguntará—quién se atreve á escribir de nueva cuenta sobre aquel conjunto admirable descripto tantas veces y otras tantas reproducido por el grabado, por el cromo, por la fotografía, por el pincel de numerosos artistas?

Temerario sería yo, en verdad, si me atreviera á bosquejar la insigne Basílica vaticana: imperdonable mi osadía en querer siquiera dar una idea vaga de monumento tan conocido y tan glorificado.

No; ni descripción, ni bosquejo, ni nada que se le parezca, serán estas líneas, ajenas á toda pretensión: quieren ser únicamente el eco fiel de mis impresiones sentidas bajo la inmensidad de aquellas bóvedas augustas; quieren ser las notas sen-